

ct

Violada

de
Verónica Serrada

(texto completo)

Agosto de 2005. Tengo 14 años. Soy una chica enamorada. Me he echado un noviete algo mayor, los de mi clase no me interesan la verdad. Nos conocimos en la *disco*, bailamos, bastante típico pero como yo no tengo experiencia a mí todo esto me parece un viajazo.

Hace ya 6 meses que no soy virgen. Lo hacemos y está bien. No le he contado nada a mis *compas* porque están en otro capítulo. Yo siempre he sido la más minifaldera, la del *piercing*, la más cañera. Manu suele ser un tío muy cariñoso y no deja de presumir de chica. Yo sonrío.

Hoy es un día raro. Bajamos a la plaza y bebemos calimocho como otros días, pero hoy un poco más, y tú tienes los ojos como dos farolas dislocadas, y me miras con una intensidad rara.

Vamos a casa del Navarro con su chica me dices. No es una pregunta. Es una afirmación. Y ya estoy sentada en el sofá y sacáis vodka naranja y yo odio el vodka naranja pero soy una adolescente, joder y la personalidad de una adolescente se mide con sus iguales, y vosotros sois “los míos”, y me dejo llevar y brindamos por alguna tontería.

El Navarro y su chica se escapan al dormitorio de los padres, a nosotros nos toca la *habita* del hermano pequeño. Mis ojos se posan en el póster con naves espaciales y en las ceras *Manley* del escritorio, pero mientras tus manos ya se deslizan por debajo de mi pantalón y me hablas duro, fuerte, y yo veo que se avecina tormenta pero no soy aún lo suficientemente consciente de lo que me espera, porque si no me hubiese marchado.

Tengo 14 años al fin y al cabo, y tú eres mi chico, mi primer novio y en todos los libros de mi infancia los primeros novios aparecen como una suerte de *Príncipes de Beukelaer*, guapísimos, encantadores y suaves como una compota de manzana...

¡Eh un momento no me gusta esto que haces Manu tranquila es como la primera vez luego te gusta Manu que pares quieta déjame que pares para cállate puta...!

Pero entonces ya es demasiado tarde, por lo que respecta al sexo no pactado siempre es demasiado tarde, y la cuestión no es que sangre encima de las sábanas del hermanito desacralizando el universo infantil que nos rodea, la cuestión no es que me duela el culo una semana después. El asunto principal es que pasan diez años hasta que me reconcilio con mi culo, y cerca de quince hasta que puedo disfrutar verdaderamente del sexo. Ese es el tema. Y que tú mientras lo haces no pienses que es una violación, al fin y al cabo yo soy tu novia... y como me gusta follar...

No he hablado de este día hasta muchos años después, cuando mi amiga Anaïs me cuenta que su compañero de trabajo la viola aprovechando que la lleva a casa después de una cena de empresa. Su cara aplastada contra los cristales del coche mientras ese miura de pacotilla la embiste, es mi cara contra la cama nido aquella noche.

Entonces es cuando salta el recuerdo.

¡Manu me estás haciendo daño date la vuelta así que te vea yo el culo ese culo que tienes que me pone a cien Manu no quiero hacerlo así no me cojas así no para joder no paro joder...!

Entonces es cuando identifico que la violación es una piel asfixiante que llevo pegada desde la adolescencia. No me libero de ella.

Cuando analizo todas mis relaciones sexuales posteriores marcadas por ese recuerdo que yo he querido transformar en residuo pero que me sigue escociendo, es una herida siempre abierta, siempre sangrante, nunca lejana. Mis orgasmos teñidos por una melodía equivocada. Todos mis orgasmos heridos.

Anaïs no le cuenta a nadie más lo sucedido porque ha aprendido -como yo- que la sociedad no reconoce que un compañero de trabajo o tu novio sean unos violadores.

Narrar tu historia es perfilar tu propia mancha, la mujer violada, deteriorada, marcada de por vida. Anaïs y yo hablamos entonces de la culpabilidad, la de la adolescente aventajada que se martiriza por haber sido precoz y no ser como las demás, menos inquieta, menos minifaldera, menos curiosa sexualmente.

La culpabilidad que llevamos de serie por ser mujeres, educadas para aguantar, para ser mártires, protagonistas de fantasías en las que nos resistimos al sexo. Que nos tiren del pelo, que nos golpeen, que nos obliguen. Nuestro sexo temeroso define su masculinidad. Y si has fantaseado con ser forzada te conviertes en corresponsable de la agresión.

Porque la violación a veces fabrica las mejores putas. Aprendemos docilidad a *braguetazo* limpio.

Y ahora pienso en que del mismo modo que la tierra conserva la memoria del pasado escrita en sus profundidades, la mujer guarda entre sus carnes los gritos del cuerpo arrebatado, el color del miedo al asalto.

Los pechos, las piernas, los músculos, los cabellos, todos enmadejados en una suerte de lienzo abrupto. Un Guernica de la sexualidad que representa la VIOLACIÓN, la tragedia del cuerpo herido, el último acto de una obra que narra la guerra civil entre los dos sexos.

¡No te gusta que no te digo que no espera un poco sólo la meto así un poco sólo me haces daño...!

Lo que más me jode de todo es la educación para la indefensión que hemos recibido.

Mientras mi novio me violaba, yo miraba todo el tiempo un trofeo de baloncesto en la estantería y pensaba cogerlo y golpearle con el, pero no me atreví, porque a las chicas no nos educan en el rodillazo, en el hasta aquí hemos llegado Zeus de mierda, nos educan en que las cosas son así, paralizadoras y dolorosas, va en nuestro sino. Y entonces algunos chicos se creen con derecho a agujerearnos como a un campo de golf. Ellos poder y dominio, nosotras sumisión y miedo.

Y ahora que ya no tengo 14 años sigo reviviendo todo aquello con la misma intensidad y a veces reaparece con fuerza, y estoy... creo a punto de superarlo pero me viene la primera bofetada y mi cuerpo se inmoviliza y escribo, reescribo la historia una y otra vez con una pluma invisible que recorre mi cuerpo y el cuerpo de todas las mujeres, y espero que desaparezca así que se borre, pero vuelve... abre mi vagina, traspasa mi ano, me perfora, indistintamente, y quiero que pare pero no para... ¡¡¡no!!! -cesa la música-

Es imposible, forma parte de mí, me destruye y me constituye como mujer.